

## Mendizábal y el drama familiar

Pedro VÍllora

Universidad Complutense y  
Real Escuela Superior de Arte Dramático

El teatro completo de Rafael Mendizábal, del cual han aparecido hasta ahora tres volúmenes, se abre con un prólogo de Alberto Miralles, amigo común nuestro, ya desaparecido, y cuyas palabras suscribo plenamente. En esta introducción, Miralles comenta, no del todo sorprendido, cómo «pese a los éxitos de Rafael Mendizábal –o quizá por ellos- a este autor se le ha ignorado en las historias del teatro, no se le adscribe a ninguna generación, ni se reclama su presencia en los debates literarios, no se le premia, ni se le homenaja, lo cual no le ha impedido seguir estrenando una obra cada año y editar sistemáticamente todo su teatro.»

»Su marginación de los cenáculos literarios se debe, todavía, a la creencia de que *popular* e *intelectual* son términos antagónicos, igual que *divertido* y *trascendente*. Una miopía que suele corregirse sólo cuando han pasado muchos años y los autores son reivindicados porque el tiempo los ha hecho clásicos y las opiniones sobre ellos ya no están sujetas al riesgo de la cotidianidad.»

»En Mendizábal se da otro hecho que explicaría la ausencia de estudios sobre sus obras: su prematura adscripción al teatro comercial y la pereza de la crítica, cómodamente instalada en las etiquetas inalterables, que no ha seguido su evolución.»

Todos estos problemas que señala Alberto Miralles son ciertos, y los que llevamos algún tiempo hablando y escribiendo sobre Rafael Mendizábal hemos tenido ocasión de experimentarlos. Cuando uno plantea en ambientes universitarios o académicos la intención y hasta la necesidad de hacer un estudio serio sobre la obra de Mendizábal, la respuesta más

frecuente suele ser el escepticismo: un alzamiento de cejas, un fruncimiento de nariz...

Lo peor es que, quien así pone en tela en juicio la pertinencia de un acercamiento al teatro de este autor, posiblemente ni siquiera lo conoce, ni lo ha visto representado ni se le ha ocurrido leerlo. La enorme brecha que se ha abierto entre los gustos del público y los caminos recorridos por este tipo de crítica especializada o erudita se hacen evidentes en circunstancias como las que concurren en lo que podría llamarse *el caso Mendizábal*: es decir, cómo es posible que a uno de los autores de mayor producción, más cantidad de estrenos y más rendimiento de taquilla de las últimas dos décadas, no se le trate con la consideración que merece como auténtico fenómeno teatral.

El mundo de la escena padece las consecuencias de cierto esnobismo, cierta actitud cargada de prejuicios estéticos e ideológicos que consagran lo raro e incomprensible por el mero hecho de ser oscuro. Si algo no se entiende, es que debe de ser muy bueno, dice el esnob. Así vemos cada día cómo multitud de espectáculos aburridísimos son ensalzados hasta la extenuación por personas que quizá ni siquiera los han comprendido y mucho menos disfrutado, pero harían todo lo imposible por evitar que su ignorancia los delatase. La pose intelectual, como bien saben los sufridos productores teatrales, es una lacra para cualquier empresa que trabaje en los ámbitos del arte, la cultura y el ocio, porque hace que tanto la atención de los medios de comunicación, como la de los dispensadores de prebendas públicas -no sólo subvenciones, sino cualquier tipo de apoyos-, se disperse. Así, en vez de valorarse aquello que al público mayoritario le gusta, parece que sólo vale la pena lo que le gusta a algunos pocos. Esto en ocasiones puede ser verdad, pero también es cierto que no siempre lo que gusta a los menos es necesariamente lo mejor.

Hace un par de años, cuando el Ayuntamiento de Madrid publicó la obra de Mendizábal *Madre amantísima*, se incluyó en la edición un estudio sobre el conjunto de su teatro que titulé: *Mendizábal, escrito para gustar*. Es una expresión que sirve no sólo para esa pieza en concreto, sino para cualquiera de la treintena de obras que Rafael lleva escritas.

Tengo la convicción de que Mendizábal escribe para gustar al público. Esto puede parecer una perogrullada, pero no lo es. Si preguntásemos a la gran mayoría de autores españoles más o menos jóvenes quizá nos llevaríamos una sorpresa no totalmente agradable, y es que tengo la impresión de que muchos autores no escriben para gustar al público. En todo caso, lo hacen para gustar a cierto tipo de público, lo cual es muy respetable.

Creo que cada uno debe escribir lo que quiera, pueda y sepa, y tratar de dirigirse al espectador de sus sueños. Que lo consiga o no, ya es otra cuestión. Se puede ser un autor de minorías, e incluso se puede desear ser un autor de minorías, que no es lo mismo. Pero igual que esta actitud merece todos los respetos, también es legítima la ambición de gustarle al mayor número de espectadores posibles, y ese es el terreno que transita Rafael Mendizábal.

Rafael tiene muy claro que el teatro puede ser un arte, aunque está por ver que todo teatro con pretensiones artísticas alcance a ser lo que aspira, pero es más consciente si cabe de que el teatro es también, si no una industria -que me temo que no lo es-, sí en todo caso un negocio.

Todo teatro es comercial. Todo teatro se hace para ser visto por otros. Todo teatro, por tanto, debe contemplar algún mecanismo de seducción para conseguir que el público potencial al que va destinado se interese por él y acuda a la sala o al espacio en que se representa.

El teatro de Rafael Mendizábal es comercial, y lo es con plena conciencia de serlo. Es comercial y además es profundamente honrado,

porque no da menos de lo que promete ni se ampara bajo una máscara de pseudomodernidad para luego ofrecernos el mismo discurso de siempre, como ocurre con tantas obras de supuesto humor inteligente y contemporáneo y que no son otra cosa que puestas al día de fórmulas completamente tradicionales.

Mendizábal, por el contrario, asume la tradición pero la dedica a temas y situaciones de hoy. De esta manera, su teatro es siempre actual sin fingir que va de moderno. Y esto puede apreciarse en las tres obras incluidas en este volumen.

Tanto *La casa grande* y *Mis queridos hijos*, como *Pasos en el techo*, coinciden en presentar sendos e intensos dramas familiares. Se adscriben al terreno del melodrama con ribetes de tragedia, y se apartan por completo de esa tendencia a la comedia más o menos vodevilesca o incluso sainetesca con que la crítica tiende a despachar al autor.

*La casa grande* plantea el enfrentamiento entre la viuda y la amante de un rico propietario. Ambas le dieron sendos hijos –la mediocre heredera legal y el verdadero sucesor de su fuerza varonil-, y tras su muerte están condenadas a vivir la una pendiente de la otra, en una relación viciada que las ciega de odio y condena a sus descendientes.

Mendizábal, un autor al que algunos han reprochado cierto desaliño verbal, consigue dotar al diálogo de *La casa grande* de un aroma de serenidad y nobleza. Como es propio del lenguaje poético, sus frases aportan el máximo de información y sugerencias en el mínimo de espacio. Cada expresión remite a un mundo de emociones y contenidos que no necesita hacerse explícito para manifestarse. Nada es vulgar en esta obra, ni innecesario. Cuanto se dice y se hace tiene la virtud de potenciar la sensación de inevitabilidad y grandeza.

Como hiciese Benavente con *La malquerida*, Mendizábal construye en *La casa grande* una tragedia rural sobre las bases del odio, el erotismo y

la sangre. Como en los textos de Tennessee Williams, esta obra huele a calor y a sudor, a delirio sexual, a ansiedad y a urgencias nunca satisfechas. Un poder masculino juega con estas mujeres anhelantes, las posee sin tocarlas, las penetra mentalmente y las deja ciegas para cualquier otra cosa que no sea la pasión y la codicia. La terrible escena con que se cierra el segundo acto es una cúspide de frenesí y lujuria, una lucha entre panteras febriles, un orgasmo alcanzado simultáneamente por dos fieras babeantes y alborotadas.

La atmósfera ardorosa y mágica que late en *La casa grande* la convierte en un material de ensueño para cualquier director imaginativo: la alternancia de espacios, la graduación de la intriga, la herida sin cicatrizar que devora a cada personaje, la fatalidad que se cierne sobre el escenario desde el principio... *La casa grande* no es sólo la joya más preciosa del teatro de Rafael Mendizábal, sino una de las mejores obras de todo el teatro español contemporáneo.

Pese a su desenlace trágico, *La casa grande* es un texto lleno de deseo y vida. Es erótica, majestuosa, y por ello mismo luminosa, solar. Todo lo contrario puede decirse de *Mis queridos hijos*, tan seca, austera y sombría como brillante y jugosa es su compañera. Ahora bien, esto no significa que *Mis queridos hijos* sea peor: simplemente no abunda en ella la alegría.

*Mis queridos hijos*, como *La casa grande*, es también una indagación en el dolor producido por los seres queridos cuando se mezclan el egoísmo con el desarraigo, pero en este caso ninguno de los personajes puede presumir de haber tenido un pasado feliz. En la obra, tres hermanos afincados en la capital regresan al pueblo y a la casa familiar donde habita su madre, pero la supuesta reunión no viene a satisfacer las expectativas maternas –por fin todos los hijos reunidos bajo el mismo techo- sino que el fin de la misma es desposeer a la progenitora del hogar para venderlo a

una inmobiliaria. La iniciativa destroza a la madre y saca a la luz las causas que han condicionado la personalidad agreste y desabrida de cada uno de los hijos, en una escena de reconocimiento muy bien conseguida por un autor especialmente contenido y que no comete el error de caer en excesos ni sensiblerías.

La ironía del título alcanza a cada uno de los personajes. *Mis queridos hijos* es una obra sobre la ingratitud y el desdén hacia nuestros mayores. Es una alerta sobre la desintegración de las así llamadas unidades familiares. Un recuerdo de la hipocresía del amor debido a los lazos de sangre, finalmente desenmascarado. Si *Mis queridos hijos* es dolorosa en tan alto grado es por lo ajustado de unas escenas que renuncian a la lágrima fácil, al grito histérico, a la manipulación de los instintos menos refinados del espectador. Al contrario, es precisa y fría; voluntariamente cruel; tan intensa como magnífica.

Uno de los logros de *Mis queridos hijos* no es tanto ver cómo unos hijos son capaces de faltar al respeto debido a una madre cuanto comprobar cómo esta es capaz de vengarse –a su manera- y repudiar a sus hijos. Algo parecido ocurre en *Pasos en el techo*, donde también una madre llega al punto de no reconocer a su vástago en sus acciones y rechazarlo a causa de las mismas.

Rafael Mendizábal ha comentado en alguna ocasión que *Pasos en el techo* es una suerte de *Las bicicletas son para el verano*, pero al revés. Como en la obra de Fernando Fernán Gómez, también aquí se muestra la vida cotidiana de una familia madrileña durante la Guerra Civil. Sin embargo, la de Mendizábal es acomodada y burguesa; es lo que se conocía como una buena familia de toda la vida, con un hijo falangista y una hija enamoriscada desde pequeña del hijo de la portera, hoy miliciano y chequista.

Hay que reconocer a Mendizábal el mérito de haber escrito un texto tan a contracorriente como *Pasos en el techo*. Frente a la tónica general y al convencionalismo progresista de recordar la Segunda República como un tiempo idílico y al Madrid del *¡No pasarán!* como una Arcadia feliz, el autor se atreve a reflejar el padecimiento desde el bando finalmente victorioso, donde unas monjas desgraciadas podían ser fusiladas por el convencimiento de que en los conventos se hacían misas negras con los cuerpos de niños pobres asesinados.

Si la obra en su conjunto es de por sí una rareza, el desenlace de *Pasos en el techo* no deja indiferente. Es evidente que Mendizábal quiere provocar y sacar al espectador del letargo al que ha sido sometido por el pensamiento único. Porque semejante ataque a los hoy santificados valores republicanos sólo puede ser entendido como una provocación.

Rafael Mendizábal conoce perfectamente el terreno que pisa, tanto desde el punto de vista teatral como ideológico. Alberto Miralles, en su texto ya citado, hace el siguiente comentario: «Pero el caso de Mendizábal es insólito, porque no ha ocultado jamás su militancia política, lo cual le ha causado, no sólo como escritor, sino como persona, grandes perjuicios. Desde 1982 a 1995 fue representante cultural del PP en el Ayuntamiento de San Sebastián. A partir de la muerte de Gregorio Ordóñez, con el que Mendizábal trabajaba y a quien dedicó su obra *La noticia*, recibió continuas amenazas; publicaron su foto en primera página del diario portavoz de ETA, *Egin*, con el pie “ultraderechista y colaborador de ABC”. A raíz de eso, le llamaban de madrugada y preguntaban a su madre por él; y cuando ella respondía “aún no ha venido”, las voces anónimas decían “pues ya no va a ir: está muerto en una esquina”. Hicieron pintadas en la escalera de su casa y le enviaron una botella incendiaria con una nota que decía: “Este es el tercer aviso. Al cuarto, te quemamos”».

Grandes similitudes hay entre estos hechos y los que se cuentan en *Pasos en el techo*, con las familias unidas bajo la amenaza del terror. No hay que estar de acuerdo necesariamente con las ideas políticas de Rafael Mendizábal para reconocer su valor, su capacidad de expresarse con firmeza y desarrollar unos argumentos que muchos prefieren no considerar o ignorar sin detenerse a ponderarlos. Como persona, Rafael es molesto porque no calla sus ideas cuando no coinciden con la opinión mayoritaria, pero eso mismo nos resulta enormemente estimulante a quienes admiramos las personalidades decididas y fuertes aunque no compartamos siempre sus puntos de vista.

Ahora bien, *Pasos en el techo* no sería polémica si no fuese, además, una obra teatral perfectamente construida. En su calidad radican su fuerza, su importancia, su virulencia y su beligerancia.

*La casa grande*, *Mis querido hijos* y *Pasos en el techo* se publican cuando aún no han sido estrenadas. Si hasta Rafael Mendizábal, que estrena una o dos obras al año -y además con notable éxito de público- tiene textos que no han subido al escenario, es que algo no termina de funcionar bien en el teatro español. Nuestros escenarios, tanto privados como públicos, no deberían permitirse el lujo de renunciar a la mejor parte de la producción de un autor dotado con el don de gustar. Es un capital de experiencia que se ha ido acumulando principalmente con comedias divertidas –que no intrascendentes- y que se destila ahora en tres dramas familiares excelentes y alejados de tendencias y modas de ocasión. Tres oportunidades más de seguir apreciando el talento de este autor diferente e incómodo llamado Rafael Mendizábal.

*Madrid, julio de 2005*